



por Europa central



U. K.

Nykobing

Manchester

Netherlands

Hamburg

Birmingham

Bremen

Berlin

London

Amsterdam

Goes

Portsmouth

Cologne

Belgium

Germany

Prague

Brussels

Brussels

Czech. R.

Paris

Reims

Mettlach

Stuttgart

Saint-Malo

Deauville

Caen

Nancy

Estrasburgo

Salzburg

Rennes

Le Mans

Dijon

Basel

Zurich

Liech.

Austria

scoublac

Mont Saint Michel

Bern

Lucerna

Ljubljana

Sloven

Nantes

Ginebra

Milan

Lugano

Morcote

France

Switz.

La Rochelle

Saintes

Limoges

Lyon

Annecy

Turin

Italy

Bordeaux

Prato

Perugia

Roma

Bilbao

San Sebastian

Piombino

Naples

Madrid

Spain

Girona

Barcelona

Ajaccio

Fonni

Iglesias

San Vito

Valencia

Palermo

Murcia

Gela

Una ventana a las fronteras



En la bruma diaria y el lerdo frío del viento de la costa, qué piensa José de San Martín frente al canal de La Mancha.

Qué piensa ese hombre, San Martín, cuando ya ha comprobado tantas veces lo que hace el tiempo con su cuerpo que aún se niega a ser anciano y que ya ha sabido de inclemencia y horizonte. Qué de la igualdad de los hombres, y de sus hermanos los indios, cuando ve llegar los barcos con la buena pesca del Atlántico.



Cómo resuena en su mente la palabra Normandía, donde gente más bien rubia ha hecho casas en que abundan los tablones de madera y los techos de pizarra. Qué define la palabra bretón, y qué tiene que ver con el nombre de un país hecho de una isla grande y, tal vez, de otras mucho más pequeñas.

Cómo se verán sus ojos oscuros bajo el abundante pelo blanco que dejó inscripto en un daguerrotipo, cuando recién se empezaba a fotografiar el alma.

El alma de José Francisco de San Martín (diría Don Andrés Rivera) quedó inscripta en el daguerrotipo para saber cómo se veía; así: carnal, anciano, verdadero y criollo.

Qué se diría de los lugares y de las razas, de sus hermanos los indios y de sus otros hermanos, los normandos, los bretones y los picardos. Qué de la patria y de los grupos, y de la necesidad más fuerte que las balas de pertenecer a una cofradía donde siempre hay fuerzas y bellezas para aquél que quiera verlas.
 Qué dice San Martín, cetrino, criollamente grave, listo para mostrar en su daguerrotipo que en sus venas hay gotas de aborigen.
 A dónde se va lentamente, bajo las grandes solapas de paño que se rehúsan al insistente trabajo de las gotas.



Trouville



Trouville



Deauville

En Deauville, frente a Trouville, detrás de la playa, florecen las mansiones copiando un modo que pueda identificarlas con la tierra, como el de las casas originales.

Lo hacen mal.

Ya lo han hecho mal desde el tiempo de los poetas y los pintores, tan aptos para encontrar y definir los lugares bellos, ésos a dónde enseguida ha de dirigirse la moda.

Casas de ricos, excesivas y silenciosas, llenas de ventanas y dormitorios para albergar la gente adentro de la moda.

Yo no soy de Deauville dice el hombre en la peatonal genuina llena de negocios. Lo dice el hombre rubio y descarga una palmada en las espaldas.

“Trouville no es Deauville”. Y es verdad, aunque huelgue decirlo.

En la calle elevada, paralela e inmediata a la de la ribera, marchan, una detrás de otra, casas flacas, con tirantes verdaderos, y livings que van de calle a calle para que nosotros podamos ver el mar a través de sus ambientes.

En Trouville, separada de Deauville por el Touques que desagua en el Atlántico, hay un hombre que dice : “Soy de Trouville, no de Deauville”.

¿Qué quiere decir ese hombre?

Se refiere, tal vez, a tirantes mentirosos y a una multitud de dormitorios huecos, bajo las guirnaldas que antes adornaban las telas de los pintores o la facha de los escritores, y que ahora adornan a los cinéfilos.

Qué diría José de San Martín de normandos, de bretones, de picardos, de criollos y de indios, de gente de Deauville o de la otra: de Trouville, que se miran la cara a dos centímetros a través del río, vacío y triste por la noche, cuando afloja la marea. Qué dice el río de nombres, patria, padre de la patria, de rubios o de indios, al soltar los barcos y abandonarlos inclinados sobre el lecho, cuando languidece la marea y él se convierte, también, en un pobre flaco abandonado.

En Trouville hay buen queso, buen pescado y vino rojo, como siempre. Y hay un tipo rubio que me dio una palmada de gorila en la espalda y dijo: “yo no soy de Deauville” y siguió su camino sonriendo.



Trouville



Trouville



Deauville

Saint Malo suena bien. Y Portofino, Samarcanda, Río de Janeiro, Buenos Aires, Saigón. Barcelona, y ése, del que llevo la camiseta: Ceylán... ¿qué opina? Saint Malo tiene una muralla opuesta a un mar que, frente a ella, comienza a ser ajeno y antipático como el agua fría. Y altos edificios grises, duros y un poco tenebrosos como la edad media. Y un restaurante donde Juan ha decidido que vamos a comer cuscús.



Saint Malo



Saint Malo



Saint Malo

Saint Malo lluviosa, fría y amurallada, tiene un restaurante con dueño tunecino que nos atiende y que supone con delicadeza que Juan Manuel es mi hijo y que también puede ser mi amigo. Un hombre de piel blanca y pelo oscuro que dice no ser árabe.

Bereber, dice que es, y querremos indagar en el hombre que nos habla como amigo.

Los bereberes somos como ustedes, los argentinos, dice, gente a la que le gusta hablar y difundir su calidez. Dice Messi y dice Maradona, dice que el bereber está cerca del cristianismo, y yo interpreto que decir eso es querer estar cerca de nosotros dos, ahora.

El dueño tunecino nos sirve personalmente su cuscús que honra la nobleza de los guisos.

En cada tierra se habla un guiso, y todos son dialectos de un mismo idioma, el de la olla.

Y el hombre vuelve presto por si necesitamos algo, y tal vez quiera que ser tunecino, bereber y sudamericano sea más o menos los mismo, cuando de calidez se trata.

Ya lo había dicho Don Ermes comparando María Teresa, colonia valenciana y yugoslava de nuestra pampa, con Effretikon cerquita de Zürich. “Es lo mismo”.

¿Qué habrá querido expresar Don Ermes?

¿Cómo se llevaría el pobre don José, a quien no puedo dejar tranquilo, con este hombre y su cuscús?

Porque es fin de año los invito con un té o con aguardiente de mi tierra.

Queremos aguardiente, dice Juan Manuel.

Es de higo, dice el hombre, y enseguida traerá dos copas con la ardiente agua y su dejo a higos.

Es como para repetir, pero nos vamos a otro bar por gin tonic y vino tinto.

En la barra gris y amurallada, un tipo le habla a Juan de otro amigo de Ushuaia, y de barcos, y de cualquier lugar, incluso éste, debajo de la lluvia pertinaz y la gente de las fronteras, la gente de los límites que nunca terminan de serlo.

Por cierto, hay una plaza extramuros donde huele el puerto y hay putas o algo así que nos hablaron con respeto e interés cuando paramos a comer un poco de arroz en un lugar de Tailandeses.

Un 31 de diciembre nació Juan, pero es, en general, más fin de año que su aniversario. Vamos a Chez Mariannem en el Marais.

Y ahora son judíos con sus humus, sus berenjenas, sus falafel, su queso feta y sus tres salones a la calle donde trabajan a buen ritmo, los que elegimos para festejar la noche. Mucha actividad entre esos hombres y mujeres jóvenes que parecen entenderse con un golpe de mirada, e ir detrás de un mismo objetivo, el de sus profundas intenciones, esas de las que Horvat dijo que son las partículas del alma. Y elegimos a Verónica para tenerla de invitada. Verónica, doctora en matemáticas que se va a encerrar en un castillo para hablar de letras.

No como ustedes los ingenieros, que les ponen números cabales y los ejecutan en puentes y edificios que increíblemente no se caen.

Dice que estudia el azar, y hablamos de lo que hace la gota al reventarse contra el piso. Y hablamos de Budismo, donde cada efecto tiene su causa, Nam Myoho Rengue Kyo, y hablamos de la ciudad con sus funciones.

Y ella dice que los gestos son los mismos, que la nariz es la misma y nos toma dos o tres fotos.

Una mujer entre dos hombres. Un grupo que extravió sus valijas en Roma y que ha decidido festejar el fin de año en Chez Marianne, con sus muchachos y muchachas puestos al trabajo y a hacer rotar la clientela entre tres salones a los que se entra solamente desde la vereda.

En Chez Marianne, donde sus muchachos llevan la comanda por la calle.

Una mujer y dos hombres, padre e hijo, que sonríen y hablan de azar, y que después hablarán de encuentros parecidos en argumentos de películas yanquis, y que luego se van a la Rue Des Rigoles para terminar la noche en casa de Edgardo entre más doctores y tangueros, de Paris, de Argentina y de Perú.

Viva Latinoamérica, se dirán un peruano y un argentino. A la mierda con Chile dirá el peruano.

Vamos todos, dirá el argentino.

Si, vamos todos, dice el peruano.

Sí, arriba todos, le dice Don José de solapas grandes y refractarias a la lluvia, a un señor normando que no lo ha reconocido y se atreve a darle una palmada poderosa en las espaldas.



Paris



Paris

El hombre joven se sentó en el banco. No era aquí, pero podría haber sido frente a este mismo lago.



Ginebra

Se sentó, decía, y se le acercó un anciano (por cierto no lo era, pero así quiso verlo el que *urdió* la historia).

Con horror, el hombre joven vio que ese anciano era él mismo, *trabajado* quién sabe por cuántos años.

El hombre joven paseó por estas calles y, tal vez, las referencias de la juventud y sus ternuras lo hayan hecho decir que aquí, por estas calles, cerca de este lago, experimentó algo, más que ninguna otra cosa, muy parecido a la felicidad.

El hombre joven se convirtió en un anciano, quizás, antes de lo que hubiera debido, pero así lo quiso.

Y murió aquí, y aquí descansa, en el cementerio Des Rois, con su lápida sencilla y extranjera.

Extranjera de toda extranjería, escrita en un idioma muerto.

“y que no temieran”

Escrito en la lengua de un lugar de poca gente.

Gente de batallas y de gestas, gente de panteones crueles y misteriosos, gente de metáforas de metáforas de metáforas. *Kenningar*

Tal vez el hombre joven, presa del espanto, más por lo imposible que por estar viendo a su propio anciano, era extranjero de toda extranjería, hasta de la de su propio cuerpo y no encontró mejor lugar que el calor foráneo de una juventud vivida por donde no andaría ningún paisano.

En Ginebra.

En Ginebra, donde se habla francés, y no en Estados Unidos.

En Ginebra donde paseó el hombre joven, donde ya subía el chorro, como sube ahora, donde se sentó en un banco el hombre joven y murió el anciano enamorado del misterio de una lengua muerta y sus leyendas.



Ginebra



Ginebra



Ginebra

En Ginebra, suiza, distante, y civil. En esa frontera con Francia, higiénica y silenciosa, donde no hay lugar para el *énfasis* y sus afectaciones, fue quizás feliz y murió, no sin lágrimas, como hubiera querido, Don Jorge Luis Borges, Borges sin premio Nóbel; “una peculiaridad”, tal vez diría él, si hablase de sí y fuese otro.

Ginebra en la frontera, de lengua francesa y distancia sajona, de muros medioevales y catedral ecléctica por no decir que es un bodrio.

En Suiza donde nadie es italiano, alemán ni francés, allí, lejos y cerca, en otra de las fronteras donde ya hacía rato que se disparaba el chorro, extranjero de toda extranjería, con lápida en sajón antiguo, con gran decencia, con lágrimas, adolescente de *énfasis*, paseó y murió Borges.

He visitado tumbas de maestros escritores: Neruda, Machado, Balzac, Proust, Wilde, Dumas, Víctor Hugo y más.

Pero a esta tumba, a Borges, he vuelto a recitarle su poema y tengo que decirme que lo que he sentido allí, me ha hecho dudar de las cenizas y de la metáfora del viento. Porque experimenté la ilusión de que el hombre me escuchaba, y que ése era su lugar y que hasta me ha prestado alguna atención.

Por el mismo espíritu de Borges sé que debo presentar mis excusas por haber pretendido tamaño hecho, pero no expresarlo hubiera faltado a una sinceridad que considero necesaria.



Ginebra

Si hay algo que se ama o valora mucho; si además eso no es amado o valorado en el ámbito en que se encuentra, ¿cuánto de delito hay en llevárselo para tenerlo allí, donde será protegido y acariciado con la propiedad que merece?

Expertos en apologías, alabemos la elocuencia de los poetas, hechos a fascinar con sus giros todo cuanto necesita ser fascinado, y a trastocar los hechos haciendo flores con zarzales (gracias Joan Manuel, de nuevo).

Vos vas a salir de la clase de francés sin haber visto a James Dean ni al “Al este del Edén”.

Vos sos un tipo de decisiones sumarias y le decís a tus compañeros mientras abandonan el aula: ¿Vieron el póster que está en la salita contigua a la escalera?

No esperarás respuesta, en realidad hay dos afiches.

Me lo llevo a casa, me gusta mucho.

Tus compañeros hacen el silencio de los que dudan.

Vos te subís a una silla que está ahí, esperándote, y descolgás el poster, te lo metés debajo del brazo y salís por el pasillo largo y concurrido con tu usual naturalidad.

El corazón retumba un poco, pero nada más que eso.

El afiche está allí, en tu escritorio desde hace doce años. Lo trajiste de la torre en la que habías vivido siete.

Lo mirás seguido igual que a Gabo, a Cortázar, el fiordo de la Costa Amalfitana, a Neruda, a Allende, al Paraná en el crepúsculo de bronce y a Pessoa.

Queridos amigos de la Alianza Francesa, ojalá este descubrimiento, si es que alguna vez llega a serlo, no escandalice vuestro tino de instituto imbuido de una cultura donde el arte, y el *amor al arte* y la letra, son tal vez la principal divisa.

Sé que sabrán excusar el ardiente deseo de un muchacho por un rinconcito hecho foto de vuestra generosa patria, donde hallaron refugio los altos perseguidos de tantas naciones. Y por eso mismo no persigan al autor de un acto de amor que no puede calificarse de hurto, y dejen ese poster en el hogar adoptivo que tanto bien le ha hecho.

Musée du Château d’Annecy. ¡Qué hermosa foto! ¡Qué rincón sencillo de solcito otoñal!

Ahora lo vemos en vivo y en directo, como veremos dentro de unos días otro rincón colgado en otra pared, y pensamos que es tan lindo como estos techos que están debajo, adentrándose en la ciudad, hecha al lago, a los cursos nerviosos de agua, a la Saboya y su serena lejanía



Volvió a Annecy (ahora lo trato de usted por razones obvias) después de rondarla por duplicado, una vez con aquella amiga presumida y afectuosa que le presentó la ciudad, y otra, en el afiche que se llevó cuando aún no se decidía por la moral y las buenas costumbres, como ahora.

Volvió a la bella Annecy que se acerca a Suiza pero que no entra, con su hijo a conversar de casas medioevales (¿cuándo no?), del agua tan estrechamente asociada a esas casas y a sus norias, y de especies de Coníferas en los paseos a orillas del lago grande.



Annecy



Annecy



Annecy



Annecy



Annecy

No tan lejos de esos recuerdos, y habiendo volado hacia Torino, usted se pregunta: qué hace la mole Antonelliana en esta ciudad. Usted se pregunta qué hace esa torre ajena en la ciudad que no llamará Turín. En Argentina todos sabemos que es Torino.

Pero lo que usted no sabe es qué hace la mole allí, en la ciudad de la elegancia triste, donde no se honra la italiana bulla.



Turin

No es Roma ni sus puteadas, ni su inquietud ruidosa.



Turin

Torino es de caminar tranquilo, de largas calles planas como la mayoría del Piamonte, de recovas aristocráticas y plazas amplísimas y frecuentes.

Pero usted se dice que Torino se recuesta en la melancolía, en la humedad del invierno y sus sombras.

Y levanta la cabeza para admirar el diseño desproporcionado de la mole que tiene columnas clásicas en medio del abismo, que remata en una glorieta circular en la torre que, de tenue, se puede quebrar de un tincazo.

La base de la mole Antonelliana hace honor a la economía de espacio en la que los italianos son maestros.

Y allí se eleva, extraña, ornamentada y gris.



Turín



Turin



Turin

Usted se pregunta qué hizo la tristeza entre los piamonteses, por qué en sus campos planos, bajo el marco de las grandes montañas presentes y distantes, hay tan pocos árboles, por qué tan poco espacio para el monte, para el prado, en esos campos de diseño geométrico y tierra virada al amarillo.

Pueblos y parcelas se suceden en Piamonte (usted tampoco va a decir Piemonte) sin verdes, con escasísimos árboles y montecitos, hasta que la Lombardía decide que hay que empezar a exhibirlos.

Usted se acuerda de Pierino, de hermosos ojos azules y pelo crespo y blanco como el de Don José, en su daguerrotipo. Se acuerda de él y de muchos otros, con tan buena disposición para la broma, para la travesura fina, para la risa frecuente, para la mofa, y se pregunta por qué no llevaron esos modos al paisaje, tan bajo, ocre y opaco.

También le comenta a Juan Manuel: cómo no van a ser buenos para la agricultura, mirá cuánto campo cultivado.

Pero, qué pasa con Torino, si allí tiene su hermoso Po y su tarde, cuando el sol tiende sus últimos resplandores desde el convento de los Capuchinos, donde se aprecia la extensión de la ciudad y su Piamonte, delante del marco grave, poderoso de esas montañas presentes y distantes.

Casi como en la Villa Borghese, le dirá a usted este muchacho que se asombra con frecuencia y que va domesticando los paisajes.



Turín



Turin



Turin

El buen pintor supo compartir el ingenio que ya había hecho la curva de la costa, y realzó su belleza echando mano de esa selecta y hermosa perspectiva. Y a usted le gustó encontrar ese rincón de “la rivera de Lugano”.



Lugano

El buen pintor registró la casa, la pequeña acera con sus dos edificios amables, los botes en muelle, y el hotel que hacen el límite de Cassarate, allí a la salida de Lugano, camino de Gandria.

Usted encontró el lugar que había entrevisto en el cuadro de su dormitorio y después descubrió que ese rincón tan bello, en realidad se ha corrido de Lugano hacia pueblos menos concurridos, si los hay. Tal vez hacia Morcote, donde quedan árboles, muelles menudos, silencio y pocos autos. Y ese airecito a ayer que ya se ha ido de Lugano, con tanto turista y tanta fama.



Lugano



Gandria



Morcote



Morcote



Morcote



Gandria

En el bar de Lugano, a la noche, el hombre bajo, gastado, de pelo blanco, y bebiendo una cerveza le dice a Juan Manuel: toda una vida trabajando para ahorrar diez mil francos y después el banco se queda con tres mil. Ya se sabe, siempre es así, la plata se la quedan ellos, los banqueros, y Suiza está llena.

Es curiosa Suiza, dice y sonrío. Un país donde se hablan tres lenguas, cuatro en realidad, y aún así, somos todos suizos. Es extraño, repite el hombre que bebe su cerveza en el bar. Sesenta años tiene, y vive en un dormitorio y lo que le asigna el retiro apenas le alcanza para sus gastos magros.

Dice: somos un país que habla tres lenguas, qué bárbaro, pero somos todos suizos. Algunos días después, una mujer de Basilea, le va a decir que Suiza no tiene problema ninguno, que con la crisis el dinero llega en masa y que hay que empezar a rechazarlo por que es peligroso tener tanto, y es mejor quedarse un poco quietos y proceder con disimulo.

El hombre dice que así es la vida, que al final el dinero del trabajo se lo quedan otros.

Y además Suiza es un país de gente demasiado buena.

Aquí llegan de cualquier lugar, del África sin ningún papel, y nadie les pide nada. Enseguida le dan el derecho de quedarse y de trabajar, pobre gente.

Pero no debería ser así, a ver si me entiende, yo no quiero que rechacen a aquellos que no tienen qué comer, pero sí a los otros, que vienen a aprovecharse.

No soy racista pero habría que tener más control. Hace uno días, un negro me escupió. Eso hizo, me escupió. ¿Puede creer?, y yo que soy suizo no puedo hacer nada.

El hombre bajo, gastado, con ganas de conversar sigue bebiendo su cerveza.

Al rato dice: Y sí, yo soy racista, ¿por qué dejan que entren todos esos negros de mierda que no sirven para nada?

Si por él fuera seguiría conversando indefinidamente, pero ni usted ni Juan Manuel, ni la muchacha que atiende en este bar de parroquianos, quieren eso.

El bar está a dos pasos del rincón que adorna el dormitorio del que hablábamos, y del que se copiaron los colores para embellecer su casa.

El hombre del bar es de Ticino, claro, habla italiano y se puede entender con cualquier suizo porque todos aquí, hablan dos lenguas.

Nos olvidamos de preguntarle qué pensaba de los lombardos o piemonteses. De los africanos ya nos dijo algo. Y de la excesiva bondad de los suizos.

¿Qué sentirían los aristocráticos viajeros en la placidez del lago, el sol benigno y las casas añosas y calladas, cuando caminaban por la orilla?

Y Hemingway, ¿qué pensaba realmente cuando remó para huir de Italia con una amada a cuestas? ¿Cómo vería las lucecitas desde el bote y cuán bravo se habrá puesto el lago al atravesarlo de noche y por el medio?

Le dijo *adiós a las armas* y a las ambulancias para huir remando las estrellas con la dulcísima enfermera que nunca pudimos conocer. Mucho menos después de su muerte parturienta.

¿Por qué será que aún herido y pretendidamente ecuánime frente a la muerte, nos cuesta tanto creerle las historias?



Tiene 21 años y observa las palomas en el Campo de Marte, no lejos de la torre. En realidad observa los palomos meneándose y arrastrando la cola detrás de las palomas que picotean acá y allá, absortas en su palomar indiferencia.

Ve cómo ese palomo insiste unos instantes zureando provocativo. Ve cómo luego, cambia de paloma y le dice otra vez las mismas cosas, así, bien seguro de lo que desea; así: seductor y pegadito a la tierra.

Ve ese palomo, incansable como un mendigo, que sigue con su fatigado reglamento. Y no hay caso, no pasa nada.

Pero ya tendrá que llegar, si no, no habría palomos ni palomas, ni aquí, ni en San Marcos, ni en el eucalipto de enfrente de su casa.

La muchacha le pregunta dónde está el Hotel de los Inválidos. Su hermana es rubia. Ella tiene el pelo castaño y algunas pecas.

Nosotros también vamos para allá, le responde el muchacho, si quieres vamos todos juntos.

Volverán a verse esa noche, y durante toda una semana en que él aprenderá más que lo que aprendió de la intimidad de las palomas.

Aprenderá lo barato y rico que son los “quiches” en el invierno, y cómo encienden las luces de sus autos las hermosas prostitutas de la Gard de l’Est, cuando vuelva solo en la madrugada.

Aprenderá que las cosas no son siempre como uno querría.

Volverá a verla siete años después.

Ella le dirá: ya eres todo un hombre.

Volverá a verla veinte años después y apenas se hablará de palomas y de inviernos en Paris. Se hablará de hijos y de un accidente aéreo que se llevó la vida del padre de los dos primeros.

Volverá a verla seis años después, en esta Basilea con su Puente del Medio, su bella costa sobre el Rin, sus casas apretadas, elegantes y altas mirando el río, sus jóvenes y su sábado a la tarde.



Basilea



Basilea



Basilea



Basilea

Frente a la Rathaus enrojecida y nocturna, alegre, el otro muchacho, el hijo, también tiene 21 y registra la calle esperando que llegue la muchacha, que es un año mayor.



Basilea

Ella aparecerá justo a horario y el muchacho la detectará mucho antes que su padre que lo contempla patrullando la plaza. Ella llegará sonriendo a plena chispa y porcelana. Es rubia y de ojos claros.

Es muy simpática y lo verá llegar después de su hijo, y lo abrazará con mucha fuerza. Es un gusto conocerte le dirá, elevando la mirada.

Treinta y tres años después. Un muchacho y una muchacha algo mayor, vuelven a encontrarse, ahora en Basilea, sin palomas, en la Plaza del Mercado.

Dos veces él, dos veces ella, beben vino y cerveza sentados a la mesa redonda.

Madre y padre, hijo e hija y la alegría.

Después, aquél que fue muchacho de palomas, volverá a su hotel, y el que aún lo será por mucho tiempo, se quedará en el centro con la chica que también ama los caballos, que también viste “cap” como su madre hace veintisiete en Dampswill, en el bosque, cerca de Berna.

¿Qué hay entre mujeres y caballos, entre madre e hija subidas a una briosa anatomía de cuatrocientos kilogramos, solas y recorriendo el bosque?

Antes, en el gran salón de la cafetería, la mujer dirá que en Suiza no hay crisis, que Suiza se sustrae a lo que pasa en otros países, que tienen que tener cuidado porque la responsabilidad es mucha con todo el dinero que llega, que ahora trabaja poco y que tal vez se compre una casita, en el campo, por supuesto.

A qué hora naciste, preguntará unos instantes después

Mirá el diseño de su carta astral en el teléfono y meditará un buen rato.

“Es bueno que no estés en Argentina, Es bueno que hayas salido y estés lejos”

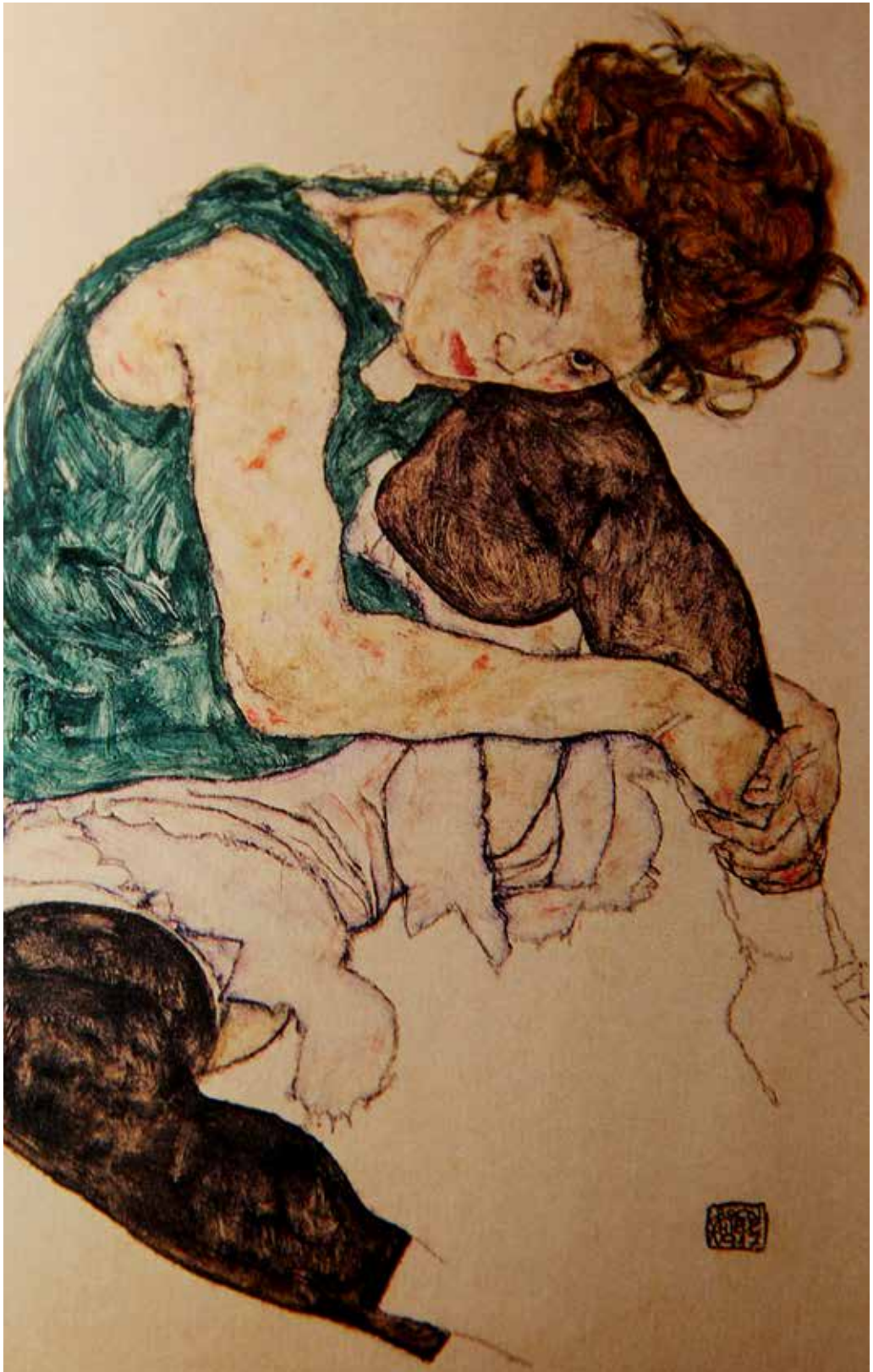
Dirá también que ellos, los de antes, ya han llegado al más alto vínculo que puede haber entre dos seres humanos, la amistad.

Después de eso, el que fue muchacho de palomas verá a su hijo irse del brazo de la chica, un año mayor y se encaminará hasta la parada del tranvía.

Egon Schiele.
En el Leopold Museum. En el Belvedere.



Viena



¿El Belvedere es el palacio que más te gusta, no?
Sí creo que sí, ¿cómo?, ¿te acordás de que yo te dije eso?
Me acuerdo.
Y ¿qué te parece?
Me gusta.



Viena

Schiele con su amoral pintura, con sus sexos, con su mirada que inquiere, que ruega. Schiele con su pintura libertaria y su desesperación callada. Callada aunque pinte con colores encendidos, con formas de comic azorado.
Schiele con ojos, con falos, con vaginas, con flacura.
Schiele extraviado junto a Klimt y su beso con estrellas.
Beso de a dos, mucho más que tantos otros.

Y Mozart en el Burggarten, cómodamente parado como se describe en la novela, y Goethe, entronizado y con óxido, mirando la Ringstrasse. Tal vez Beethoven y Schubert.

Grandiosa Viena que olvida eso, y no lo olvida.

Grandiosa Viena que se olvida y no se olvida, con sus grandes palacios y su tranquilidad de Metro, su silencio de salchichas y sus elegantes guirnaldas luminosas en la calle navideña.



Viena



Viena



Viena

Gracias viejo, por esta comida en este lugar, dice Juan Manuel en el restaurante del Burggarten, un hermoso invernadero de hierros curvos y cristales redondos de cadera. Allí, en el jardín del palacio donde un hombre un poco loco, enamorado de las bicicletas vio como dejaban a una, atada a una columna, solita y a la espera.



Viena



Viena

Soy prusiana.

“¿A dónde van los besos, que no damos, que guardamos?”

En Mettlach, después del puente sobre el Saar y subiendo la cuesta empinada, en la esquina de la placita, hay una casa.



Mettlach

Una casa hecha con la aplicación y el amor de una pareja. Una casa con sótano, living, libros, cuadros rosarinos, persianas que caen como esclusas a la hora exacta, orden de de mapas, de folletos, fotos de tres hijas y de nietas.

En Mettlach paisano, cerca de las viñas del Saar, Juan Manuel dice que en muchos pueblos europeos la gente se queda en el pasado, y que no comprende ni quiere hacerlo.



Mettlach

La casa está en la esquina y mira un valle y otros cerros donde hay más casas y las fábricas, que han corrompido el panorama.



Mettlach

Nadie, después de nosotros vendrá a vivir en nuestra casa.
Una hija en Trento, otra en Portland y otra en Miami, cada una con su vida.

Ya nadie vivirá en esta casa.

Una casa nueva, hecha del amor de una pareja, en el pueblo ajeno, donde se hablará de la familia, de los amigos, de novelas policiales y cuando no, de identidad.

Soy prusiana. Cuando era joven me sentía una ciudadana del mundo. Eso quería, pero los años nos van cambiando y volvemos a las raíces, es necesario. Ahora me siento muy prusiana.

Cuando ella se sentía una ciudadana del mundo, constituyó una fotografía en blanco y negro donde aparece una muchacha con ojos transparentes que obligaban al poema. Una muchacha dispuesta a amar y a ser amada que gira su cabeza y mira sonriendo al objetivo.

¿A dónde van los besos que no damos, que guardamos?

¿Qué es Prusia?

Todo lo que está alrededor de Berlín, responde ella.

Yo también nací en Berlín, pero me crié en Francia con familia más bien francesa, dice él, interesado y dispuesto.

No dejes de escribirme, dirá después, podemos conversar por mail.

¿Cómo se ve la casa de nuestros amigos en las tardes de invierno, con las persianas bajas y con el calor adentro, silenciosa en el parapeto de su esquina?

¿Y en la primavera, cuando él sale a caminar con el director de la escuela que conoce todas las historias y los otros dos amigos? ¿Cómo se ven los cuatro caminantes cuando se sientan en el restaurante a comer unos fiambres y tomar una cerveza?

En el pueblo, en una casa prolija, grande, confortable, vive una pareja, los Urban, que levanta los hombros cuando le preguntamos cómo están.

Y que después se espabila cariñosa entre recuerdos y sugerencias para lo poco que queda de viaje.

En Estrasburgo (éste sí, en castellano, me gusta cómo suena en nuestra lengua) hay una casa que vio el muchacho de unos veinticinco en la esquina de las fotos, enfrente de la catedral, con sus muros de lumbago, bajo el peso de quinientos años. Con sus tirantes oscuros, como en tanta casa de esta ciudad, con sus techo de tejas y su facha de “no soy de aquí ni soy de allá”.

Hay la catedral gótica más alta de Europa, record que parece haberle costado una torre. Hay el recuerdo de unas fotos con Hitler recorriendo, con su insigne crueldad, la tierra recuperada de los franceses que todavía tendrán que demostrar si son arios o no, aunque cuesta creerlo.

Hay un lugar donde ya no se ven molineros ni curtidores, ni cueros en los tejados, que quiere llamarse “la Petit France”, donde corre el agua cerca de los muros como en Annecy, y donde las casas antiguas coquetean con nosotros los turistas, exhibiendo su sostenida adolescencia de, otra vez, quinientos años.



Estrasburgo



Estrasburgo



Estrasburgo



Estrasburgo



Estrasburgo



Estrasburgo

Por Estrasburgo pasó Alemania. Ahora pasa Francia. Ella siempre está en el mismo lugar, o tal vez no, quién sabe. En Estrasburgo se habla francés, claro. Eso sí, a la noche es obligatoria la especialidad de los comedores: variedad de salchichas con chucrut, Ah!, es tan rico como el de aquella pizzería “La Masa” del buen “Enrique sin tonada”. A todo esto, ¿qué hacía ese plato en la pizzería de “Enrique sin tonada” en Santa Rosa de Calamuchita?

Allí está Paris.

No es fácil meterse con ésta, si le pasan no sé cuántos visitantes por año, y otros cuántos que estudian, o pintan, o esculpen, o vienen a ganarse un mango como sea en Les Halles, o Clichy o Port de l'Italie.

Allí está Paris, cuando queman mil autos en la Banlieue donde hay cincuenta por ciento de desocupación entre los jóvenes.

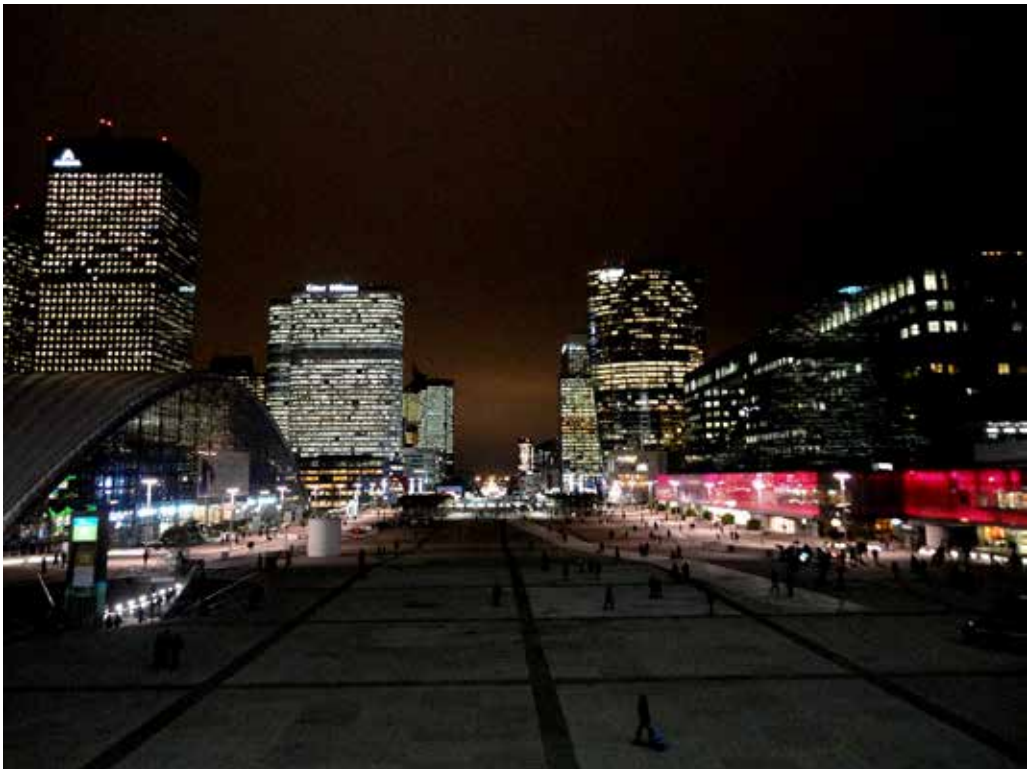
Donde se practican artes marciales y hay ambiente para sacudirse la bronca a patadas y piñas.

Paris... donde, cerca de la Republique, andan los árabes con sus narguiles y sus túnicas en la tarde de té de menta; donde circulan los metros, tan diferentes unos de otros, mugrientos y mustios casi siempre, chispeantes y juveniles unas pocas.

Paris con sus mujeres hermosas que pasan como para si toda la vida, dentro de sus polleras plisadas.

Paris excesiva de la Sainte Chapelle o escasa en el tamaño de sus mesitas en el millón de brasseries.

Desde el gran arco de La Defense con su explanada magnífica...ya sé, qué aburrido...miro hacia el otro arco, en línea, que aún hace honor a la gesta Napoleónica, y que muestra la élísea hilera de luces nocturnas con la flaca Torre Eiffel a la derecha, haciendo las veces de faro terrestre.



Paris



Paris



Paris

Hermoso partido de croquet para hacer de pelota y pasar debajo de los dos, e ir a estrellarse contra los millonarios muros clásicos del Louvre, no sin antes sobrevolar la pirámide japonesa.



Paris

¿Y por qué no?

La alegoría tal vez sea que Paris se abre esta noche desde un parque que se mete, desde el oeste, en el arco de la Defense y te invita por un bulevar de luces, hacia el otro, allá adelante, imperial y orgulloso, por donde desfilaron los alemanes bajo los sonos de la marcha de San Lorenzo, febo asoma.

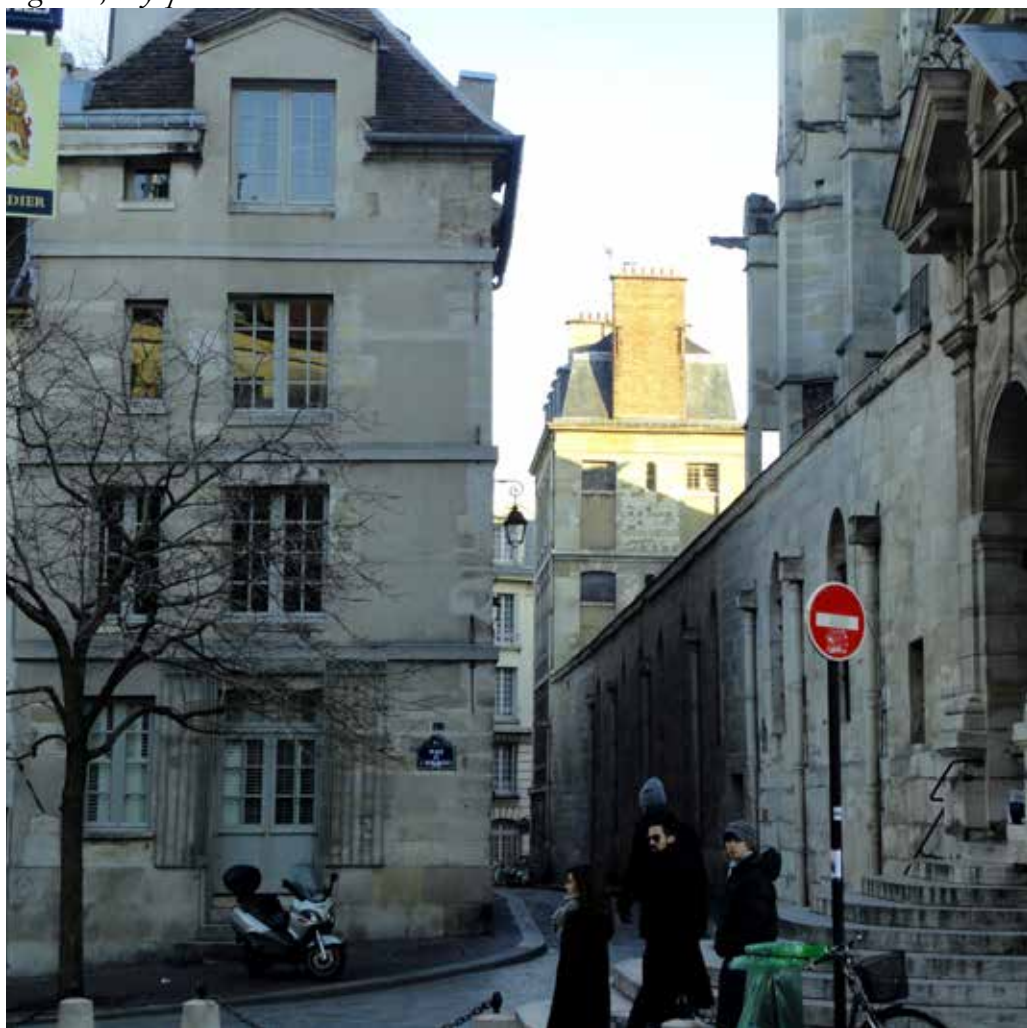
Y después a pasar debajo del Arco de Triunfo... seguir con rauda precisión hasta quedar atrapado en el saco del Louvre que no tiene salida por detrás...salvo para los muchachos de La Bastilla, que de salidas saben mucho.

Paris tiene una entrada estrecha que da a una puerta majestuosa hacia un cielo que tantas veces termina en un saco caro y amargo.

Cosas de inmigrantes, de artistas chiquitos, y de ciudadanos de mp3 o libro en el metro gastado a la tarde.

Pero hay lugar para muchos. Muchos...títulos en los cines y un cortado a dos calles del Panteón con su péndulo que hace girar a la tierra, y el Jardín de las Plantas donde Juan Manuel se pasa la tarde entendiendo que hay familias hasta entre los vegetales, aunque, como siempre, algunos integrantes parezcan venir del Congo Belga.

Paris es un montón de recuerdos, de derrotas y de sonrisas que aún se renuevan en las caras de los amigos y las amigas de la ciudad en donde siempre, para ver a alguien, *hay que ir*.



Paris



Paris

Saber qué somos, quiénes somos.



Paris

Una pregunta constante e infinita.

La necesidad de comprender, de ir tras una serie de registros, de parámetros, de amores, que nos ayuden a definir, a encontrar la verdad escurridiza y su diagnóstico. Tal vez, cerca de las fronteras, la incertidumbre sea más cabal. Tal vez allí, donde el cambio se realza en la forma de las casas, de los jardines, de la lengua, del olor, la pregunta aflore más urgente.

Todo por saber quiénes somos.

Y la esperanza de que, con ese conocimiento, también sabremos qué hacer y cómo. “Soy judío, soy suizo, prusiana, es negro. Es africano, es picardo, soy normando. Nuestros hermanos los indios. El bósforo oponiéndose a Eurasia. Los quesos los compramos en Francia, aquí nomás a diez kilómetros, allí cocinan bien, aquí trabajan bien. En Ginebra he conocido algo parecido a la felicidad”.

Y vuelvo a preguntarme, (tal vez la culpa la tenga la gris melancolía del Mar del Norte que me suele perseguir), qué nos diría el exiliado Don José de San Martín de estas reflexiones.

San Martín, criollo, leyendo sus periódicos en francés, en inglés y en italiano.

San Martín en su casa de rue Saint Georges, o en la hermosa casona de Gran Bourg a orillas del Sena con su mate y su lectura entre las manos.

San Martín que escribió solemnemente que Francia era su segunda patria y anduvo aquí en Paris, como veinte años.

Aquí en Paris de incansables mansardas, donde más se hermanan el disfrute con la angustia. Aquí en Paris con su Magreb, con sus hindúes, sus chinos, sus negros, sus latinos, su cansancio, sus recuerdos, sus palacios, su Juliette Greco cantando “Romance”.

Quiero saber qué piensa José Francisco de San Martín, de naciones, de fronteras, de patrias, y de lógicas, parado como está, en la costa, frente al gris canal de la melancolía y el exilio.

Qué piensa de esas cosas cuando vuelve, grave y decoroso, de su postrera caminata.

En esta fugaz pasada por lo que en los mapas son líneas (imaginarias como todas las líneas) que establecen límites, hemos querido percibir algo del trabajo de la sangre y la tierra, que hacen naciones, sobre los testimonios y el aspecto del hombre.

Hemos repuesto la pregunta y queda abierta la respuesta.

Una respuesta abierta, tal vez no sea una respuesta.

Hemos visto alemanes, franceses, suizos italianos, normandos de manos grandes, negros solícitos, desplazados. Hemos hecho correr, auto atrás, fronteras y lluvia, nieve y algún solcito perdido.

Hemos pasado por un puñado de recuerdos y volvimos a confirmar, que en la inquisición sostenida, inevitablemente humana, hay lugar, mucho, para la dispuesta fiesta de los días, para la palabra y las otras maneras del calor, para el dulce juego del asombro. Y aún para el destino certero del tacto, hecho beso y hecho abrazo.

Hemos entrevisto rostros, modos, y el esfuerzo diario de la tierra y los hombres en pos de la belleza. La hemos contemplado y disfrutado y, seguramente también, ¿por qué no decirlo?, hemos hecho nuestro necesario aportecito a la riqueza de los mundos.

